

La esperanza que nos habita.

Aportaciones desde algunos personajes bíblicos para la vida consagrada

Montse Escribano Cárcel

1.- Introducción

La esperanza, en estos momentos, es uno de los términos más revolucionarios y, posiblemente, sea también uno de los más poliédricos y acallados. Dentro del campo semántico al que pertenece sitúo otros como son utopía, distopía, optimismo, futuro, conversión, posibilidad, riesgo, poder colectivo, pensamiento crítico o macrotimia. Se asocia también con significados tales como desesperanza, miedo, pesimismo, decadencia, sospecha, recelo, anomia, buenismo, irrealidad, ensoñación, imposibilidad, finitud, mejoramiento o progreso. Estos términos van de la mano de preguntas del tipo “¿para qué?” o “¿de qué valdrá?” y que son casi una toma de postura.

Nos movemos en una combinación de términos que al vincularse producen múltiples significados. Cada uno de ellos está determinado por el tiempo habitado que ofrece siempre diferentes variaciones. La esperanza es una de estas lecturas posibles, un modo pertinente de interpretar la realidad y una forma nuclear de comprender la vida creyente. Esta clave parece apropiada ya que es un elemento catalizador y necesario también para la vida consagrada.

Para ahondar en la esperanza recurriré en estas páginas a algunas herramientas de pensamiento tanto de la filosofía política como de la teología fundamental¹, aunque la fuente informativa más rica fueron las entrevistas previas mantenidas con distintas personas que pertenecen o pertenecieron a la vida religiosa. Sus edades, lugares de vida, formación recibida, responsabilidades encomendadas y orientación sexual han sido también distintas. A cada una de ellas le estoy enormemente agradecida por haberme permitido escuchar sus anhelos y necesidades. Mi interés no fue hacer un estudio psicológico, sociológico o antropológico de las realidades que atraviesan la vida consagrada. Sin duda, este tipo de estudio sería muy esclarecedor y es una investigación que debería realizarse. Mi objetivo fue preguntarles *qué peticiones les gustaría que fueran escuchadas* en la XXVI Asamblea General de la CONFER. Pensé al comienzo que los resultados serían muy diversos, sin embargo, los temas que señalaron mostraron grandes coincidencias. Las que más se repitieron fueron:

- a) una fuerte convicción de no sentirse escuchadas y acompañadas;
- b) reclaman que se aborde el tema de la sexualidad y que se establezcan puentes entre la formación teórica y la práctica;
- c) evidencian marcadas diferencias entre las posibilidades que ofrece la vida consagrada femenina y la masculina. Por ejemplo, en cuanto al acceso a formación académica superior,

¹ Esta reflexión parte de la conferencia pronunciada en la XXVI Asamblea General de la CONFER.

- d) en la configuración subjetiva, en la independencia económica, así como en los modos de ocupar el espacio eclesial y del ejercicio del poder;
- e) muestran una honda preocupación frente a un futuro que quieren que les ilusione. Afirman que algunos modelos tradicionales o históricos de vida consagrada están en un escenario de muerte y afirman que hay que tomar decisiones que se mezclan con los afectos para salir de ellos;
- f) desean que se permitan procesos de cambio; las personas más jóvenes pierden la esperanza por la resistencia de las instituciones frente a los posibles cambios;
- g) piden que se contrarreste la inercia institucional que genera comodidad y protección y que puede olvidarse de las personas que forman parte de ellas;
- h) echan de menos un manejo más equilibrado entre lo local y lo global en los modos de gobierno. Afirman que, a veces, las personas responsables, sobrevuelan la realidad sin llegar a pisarla ni conocerla. Piensan que la dirección, el gobierno debe ser ascendente, de lo local a lo global.

Estas propuestas determinan estas páginas en las que no trato de hacer un *diagnóstico* de la vida consagrada ni ofrecer *soluciones* para cada uno de sus males, sino ofrecer pequeñas luces esperanzadas que orienten a partir de la reflexión teológica. Quisiera que pudieran iluminar, aunque de modo tenue, algunas de las situaciones que atravesamos juntas, la vida consagrada y la laical, en la actualidad. En este recorrido me serviré de tres personajes bíblicos **Sara, Judit y Pablo de Tarso**. A la vez, recurriré como guía para el camino a unos verbos que el papa **Francisco** ha señalado en su Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* y que son: «primerear», «involucrarse», «acompañar», «fructificar» y «festejar» (EG 24). El objetivo es buscar algunas respuestas, quizá poco más que anhelos o deseos, que nos acerquen a la invitación de: “*Sabed cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados*” (Ef 1,18).

2.- La esperanza, don dentro de la dinámica creyente: fe-esperanza-caridad. «Primerear»

Desde la perspectiva creyente entendemos que la esperanza se presenta como un don. Es una propuesta que nos sorprende. Supone “algo” que antes no existía y que ahora se presenta como posibilidad, a veces formulada al estilo de: “*y si esto o aquello pudiera darse de este o de otro modo*”. La esperanza es entonces un resquicio que horada el presente y amplía sus posibilidades. Es decir, agrieta la realidad para dejar entrever otras circunstancias diferentes. Por ello, este don tiene la virtualidad de señalar probabilidades que antes no habían sido atisbadas.

Todo don sorprende, pero también compromete. En el caso de la esperanza, puede llegar a sobrecogernos, a zarandear nuestro interior, a desvelar deseos y también a desenmascarar incapacidades espirituales y miserias humanas. La esperanza, cuando surge, aguarda una respuesta de acogida o bien, por el contrario, necesita ser pospuesta y silenciada. La reflexión teológica nos recuerda que para que el don suceda y llegue a movilizarlos depende siempre de otros dones que son: la fe y la

caridad-Amor². Juntos crean una dinámica que atrae, impulsa y desvela tanto nuestras vidas, como a todo el cuerpo eclesial. En esta dinámica, la fe aparece como aquello en lo que se cree, aún a pesar de no haber sido “vista”.

La caridad-Amor se descubre como posibilidad que puede ser elegida y respondida *desde* alguien y *en* alguien que nos ha amado y nos ha llamado primero. El papa Francisco se ha referido a esta dinámica que debe impulsar la vida de la iglesia como «primerear». Dice él:

«Primerear»: sepan disculpar este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear! (EG 24).

La vida consagrada debe recordar y recrear que ha sido primereada en el amor de Dios. Ese es su centro, su origen y su fuente inagotable. ¡Sois el fruto de una iniciativa, esa es vuestra verdad radical! La vida creyente transcurre entre la fe, la caridad-Amor y la esperanza. Así que, deberíamos prestar más atención a cómo entendemos esta dinámica trinitaria, a cómo se configura dentro de nuestros carismas y, desde luego, a sus modos de expresión y de puesta en práctica en las comunidades y en la vida litúrgica.

La relación entre estos tres elementos —fe, caridad-Amor y esperanza— puede ser imaginada de diversas maneras. Una de ellas es hacerlo de un modo rígido, estático o jerárquico. Otro estilo distinto es el que muestra la mística dominicana del maestro Eckhart³ o de antecesoras como Margarita Porete⁴ y Juliana de Norwich⁵. Este modelo presenta unas relaciones dinámicas de tonos diversos, más amables y vitales. La primera opción señala ausencias, faltas, incumplimientos y se acompaña de verbos tales como “debería” o “hay que” que apuntan a moralinas angustiosas e inalcanzables. Por el contrario, en este segundo modelo estos tres dones que nos primerean, a pesar de no ir siempre acompasados, denotan posibilidades y generan espacios, personales y políticos, donde nuestra vida interior, comunitaria o eclesial consigue florecer.

Si esto es así, la dinámica creyente puede ser concebida como un escenario e incluso como una danza que alberga y permite la presencia de la vida trinitaria. Desde Gregorio Nacianceno, la tradición teológica ha nombrado la relación vivaz e inquieta como manifestación de la vida trinitaria y utilizó el término griego de *pericoresis*. De este modo, la dinámica creyente logra ser una esperanza osada

² Señalo caridad-Amor al mismo tiempo para señalar la dinámica que reside en su interior y que se inicia en un Amor recibido y por ello, también, ofrecido como misericordia-compasión.

³ Silvia Bara Bancel. El reino de Dios en nosotros, según el Maestro Eckhart. *Pensamiento*, vol. 73 (2017), núm. 275, pp. 147-167 y Silvia Bara Bancel (ed.), *Mujeres, mística y política. La experiencia de Dios que implica y complica*. Estella: Verbo Divino 2016.

⁴ Hildegund Keul. *Matilde de Magdeburgo. Poeta, beguina, mística*. Traducción de Almudena Otero Villena. Barcelona: Herder 2016.

⁵ Victoria Cirlot y Blanca Garí. *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*. Madrid: Siruela 2008.

que llama a la responsabilidad de abrir espacio para el exceso y para lo que aún no existe. Por ello, vivir *en la fe, en la caridad-Amor y en la esperanza* induce a la redención de lo humano y a la salvación trinitaria. Dicho de otro modo, la dinámica creyente y la esperanza donada nos coloca frente a lo liminal, desenmascara miedos e incredulidades acumuladas, crea comunión y mezcla también nuestras existencias con sueños emancipadores y praxis liberadoras evangélicas. Es tiempo ahora de ocupar más producción teología encarnada y vida comunitaria en mostrar la esperanza fecunda que ya nos habita.

3.- Sara, cuando lo imposible se vuelve real. «Involucrar-se»

La vida consagrada, en el estado español, manifiesta algunos síntomas evidentes de «desorientación». Algunos análisis llevan tiempo señalando que ha perdido parte del sentido último de su ser y que, como se decía antiguamente en los monasterios y conventos, parece haber perdido el *oremus*. Los síntomas de estas graves afirmaciones, que algunos se empeñan en calificar como propios de una enfermedad terminal, son la mengua de miembros, la falta de alegría, de un cierto brillo social perdido o la ausencia de significatividad cultural y de credibilidad eclesial. Sin embargo, corremos el riesgo de que la incertidumbre y la ausencia de referentes ganen ahora un excesivo terreno en la vida consagrada. Si esto fuera así, el sistema neoliberal, el patriarcado, el aceleracionismo, la ausencia de voces proféticas o la pérdida del número de vocaciones haría mella abriendo un período para la vida consagrada que no auguraría nada bueno.

3.1.- La comprensión del kairós: sexo, género y edad

Tomar distancia de ciertos diagnósticos mortecinos sobre la vida consagrada permite que aparezcan otras lecturas donde este estilo de vida aparece llamado a ser siempre novedad, a situarse entre las ultimidades y a habitar en los límites de la realidad. Algunas de estas posibles lecturas podemos tomarlas del activismo de la sociedad civil y nos recuerdan que:

“A tus oponentes les encantaría que pensaras que no hay nada que hacer, que no tienes ningún poder, que no hay ningún motivo para actuar, que no ganarás de ninguna manera. La esperanza es un regalo que no puedes sacrificar, un poder del cual no hace falta que te deshagas. Y aunque la esperanza puede ser un desafío, el desafío no es un motivo suficientemente sólido para tener esperanza. Pero tenemos buenos motivos”⁶.

El reto de aprender en qué consiste la esperanza a la que sois llamadas, parafraseando el texto de la *Carta a los Efesios*, exige una respuesta cognitiva y existencial que nos involucre. El papa Francisco nos exhortaba de este modo:

⁶ Rebecca Solnit. *Esperança dins la foscor. Guia per canviar el món sense rendir-se mai*. Traducción de Bel Olid. Angle: Barcelona 2018, p. 11.

“Como consecuencia [de «primerear»], la Iglesia sabe «involucrarse». Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Seréis felices si hacéis esto» (Jn 13, 17)”. (EG 24)

Puede que, como decía, ese diagnóstico inicial al que me he referido hace que estemos «des-pistadas» y «des-centradas». Es posible también que algunos religiosos y consagradas estén buscando y aguardando por caminos equivocados o poco acertados, pero la esperanza, que camina de la mano de la fe y del Amor-caridad, aún no ha dicho su última palabra. La Palabra, en la que esperamos, somos y vivimos, sigue reclamando, alentando y situándonos a cada una, a las comunidades, a sus estructuras de gobierno y de ejecución ante la posibilidad radical de la obediencia [*ob-bedire*] como invitación a la escucha de Dios. Es también el papa Francisco el que nos alienta a este tipo de escucha:

“Estamos llamados a encontrarnos con los demás y a escuchar su existencia, su grito de ayuda. ¡Escuchar ya es un acto de amor! Tener tiempo para los demás, para dialogar, para reconocer con una mirada contemplativa la presencia y la acción de Dios en sus vidas, para dar testimonio con hechos y no con palabras de la nueva vida del Evangelio, es verdaderamente un servicio de amor que cambia la realidad. Al hacerlo, de hecho, circula un aire nuevo en la ciudad y también en la Iglesia, el deseo de volver a partir, de superar la vieja lógica de la oposición y de las vallas, de colaborar juntos, construyendo una ciudad más justa y fraterna”⁷.

En estos tiempos, especialmente, la vida consagrada contemplativa tiene una gran tarea que aportar y es la de seguir testimoniando con sus vidas orantes y sus espacios monásticos que la esperanza y la escucha orientada hacia el encuentro de Dios y de los otros es siempre posible. La vida contemplativa dispone de espacios que guardan una parte necesaria de la memoria espiritual compartida y son lugares agraciados para el silenciamiento y el encuentro con la «soledad sonora». Sabemos que estas tareas son exigentes y necesitan de acompañamiento, de aprendizajes y de práctica. El dominico Timothy Radcliffe nos recordó que este tipo de escucha es difícil y que, además, puede conllevar graves consecuencias:

“Si escuchas, pierdes el control de tu vida. Si escuchas a los pobres es posible que abras tu corazón y también tu cartera. Si escuchas a personas con otros puntos de vista, podrías tomar direcciones inesperadas”⁸.

La obediencia y la escucha radical son cualidades que destacan en los tres personajes que nos acompañan. A Sara, la obediencia le provocó risa; a Judit, le hizo empuñar una espada; y a Pablo de Tarso, le hizo reorientar el sentido de su vida. En ellos, antes de disponerse a perder el “control” de sus vidas, cualquier cambio les debió parecer imposible, sin embargo, ninguno se mantuvo indiferente a sus consecuencias. Esta obediencia —atenta y contemplativa— es hoy nuclear para apoyar los pies en la esperanza y recuperar los “buenos motivos” que, como dice Solnit, aún tenemos.

⁷ Francisco. Homilía pronunciada durante las Vísperas de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios del 31 de diciembre de 2019. [Vísperas](#).

⁸ Timothy Radcliffe. *El borde del misterio. Tener fe en tiempos de incertidumbre*. Traducción de Fernando Montesinos Pons. Mensajero: Bilbao 2017, p. 78.

Quizá desear y buscar con intensidad el silencio atento, la escucha contemplativa y una mayor disposición al servicio nos permitan intuir que el don de la esperanza nos abre a un tiempo de *kairós*. Es decir, a gustar el tiempo de Dios que nos recuerda que no venimos de la nada, sino de la gracia que actúa y renueva huesos, incluso aquellos que estaban muertos⁹. Hoy, ahora, es tiempo de salvación, siempre lo ha sido desde que irrumpiera el Cristo en la historia. Por ello, cualquier momento, situación o encuentro personal goza de esa posibilidad. Sin embargo, la “revitalización de los huesos”, es decir, de todo cuanto nos sostiene, no sucede sin desearlo, sin aventurarlo o sin disponernos previamente a la escucha, como Sara, como Judit y como Pablo de Tarso.

3.2.- Creer como Sara, más allá de lo evidente

El deseo, la atención propia de la persona y el don de la esperanza que viene de Dios caminan próximos y vitalizan nuestra intimidad. En el espacio creado entre el dar y el exigir agraciado de Dios nos jugamos todo, la vida propia, la de nuestras comunidades y, también, la posibilidad vivificante de la vida consagrada. Algo similar debió sucederle a Sara y al resto de los personajes bíblicos que nos acompañan. Ella era una mujer y era estéril, es decir, dos de las peores situaciones que podía sufrir alguien en el mundo judío. La biblista Nuria Calduch-Benages se refiere a esta situación como:

“En Israel, como en todos los pueblos antiguos, la esterilidad era una humillación y un signo de maldición para la mujer, que se sentía rechazada por la sociedad, por sus propios seres queridos, hasta por Dios. Consciente de que no podía llegar a ser madre, la mujer estéril estaba condenada a convivir un día tras otro con una pesadilla. Prisionera de su propio cuerpo y de su propia alma, seguía viviendo envuelta en un halo de muerte”¹⁰.

Saray tiene el deseo, largamente esperado, de ser madre y Yahvé no le “abre el vientre”. La primera vez que aparece nombrada es en una de las genealogías del libro del *Génesis* y lo único que se dice de ella es: “Saray es estéril”¹¹. En el comentario de estos versículos se menciona que: “*La noticia* [de la esterilidad] *es fundamental. Toda la línea de generaciones parece fracasar al llegar a Abrán. Saray es estéril, la primera mujer estéril desde la creación*”¹².

Estas palabras, en principio inocuas, recogen el modo en que debió ser comprendida esta mujer. Saray es definida solo por su esterilidad [*ʿaqā rā h*]. Más tarde, el texto denotará que su edad, su sexo, su imposibilidad de ser madre marcan y determinan quién es y cuál ha sido su historia. Su condición

⁹ Isaías 66, 14: “Al verlo se alegrará vuestro corazón y vuestros huesos florecerán como un prado; la mano del Señor se manifestará a sus siervos, y su cólera, a sus enemigos.”; Jeremías 20, 8-9: “Si hablo, es a gritos, clamando: ¡violencia, destrucción!, la Palabra del Señor se me volvió escarnio y burla constantes, y me dije: No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre. Pero la senfía dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos: hacía esfuerzos por contenerla y no podía.”, o Ezequiel 37, 3-5: “Entonces me dije: –Hijo de Adán, ¿podrán revivir esos huesos? Contesté: –Tú lo sabes, Señor. Me ordenó: –Conjura así a esos huesos: Huesos calcinados, escuchad la Palabra del Señor. Esto dice el Señor a esos huesos: Yo os voy a infundir espíritu para que reviváis”.

¹⁰ Nuria Calduch-Benages (coord.). *Las mujeres de la Biblia*. PPC: Boadilla del Monte 2018, pp. 17-32.

¹¹ *Génesis* 11, 29-30: Abrán y Najor se casaron: la mujer de Abrán se llama Saray: la de Najor era Milcá, hija de Harán, padre de Milcá y Yiscá. Saray era estéril y no tenía hijos.

¹² Biblia del peregrino.

se verá afectada, además, por la presencia de otra mujer que, frente a ella, sí será madre, Agar. Como señala Karalina Matskevich, entre las dos mujeres se dará una interacción de roles, de jerarquías, de derechos adquiridos y de expulsiones sin retorno que provocarán profundos cambios — políticos y de relaciones— y que incidirán en las genealogías [תּוֹרָה] del pueblo de Israel¹³.

La presencia de las matriarcas Sara, Raquel y Lía fue, sin duda, clave. Ellas serán las destinatarias privilegiadas de la promesa divina y gracias a ellas la promesa tomó cuerpo. Sin embargo, por su sexo, por su género o por su edad sus vidas en la historia de la salvación se presentaron en Israel de un modo subordinado a la de los patriarcas. A esto se suma que la transmisión e imaginación creyente contribuyeron a asentar a lo largo del tiempo estos estereotipos de género sesgados. Sin embargo, más allá de las injusticias en la transmisión de la fe y de los efectos que sigue provocando, tanto en la esterilidad de Sara como de Raquel podemos reconocer las propias carencias y ausencias de fecundidad. No solo las biológicas, sino también ahondar en las injusticias que nos dificultan descubrir las posibilidades que se nos ofrecen o que impiden arriesgarnos a «ver» un poco más allá.

Un ejemplo de esto podría ser el hecho de que la vida consagrada, actualmente, alcance una edad considerable o de que sea una realidad eclesial donde las mujeres son mayoría. Ambas situaciones evidencian, por un lado, que la vida religiosa debe afrontar, con cierta urgencia, determinados procesos. En ellos vivirá la muerte de algunas instituciones, la cancelación de ciertos proyectos largamente sostenidos o bien, tendrá que ser más creativa en el cuidado de los hermanos y hermanas mayores. Pero, a la vez que la vida religiosa sea en su mayor parte una realidad femenina debería evidenciar una fortaleza, así como manifestar unas posibilidades. La dificultad es que se ha «feminizado» la vida consagrada lo que ha supuesto una devaluación y una ausencia de aprecio¹⁴. El papa Francisco ha recordado lo extraordinario de la lógica que habita en las periferias del Imperio y de nuestras comprensiones:

“En efecto, cuando Dios quiere hacer nuevas todas las cosas por medio de su Hijo, no empieza desde el templo, sino desde el vientre de una pequeña y pobre mujer de su Pueblo. ¡Esta elección de Dios es extraordinaria! No cambia la historia a través de los hombres poderosos de las instituciones civiles y religiosas, sino de las mujeres de la periferia del Imperio, como María, y de sus vientres estériles, como el de Isabel”¹⁵.

Sin embargo, el reto de fondo sobre el que quisiera incidir no es solo cómo abordar las esterilidades estructurales y de sesgo de género que presenta la vida consagrada en su conjunto. Este último es aún un tema complejo que debe ser acometido con calma, pero también con urgencia. Sobre todo, porque las relaciones humanas y la equidad que manifestamos son siempre signo de la comunión en la que creemos. Como Iglesia, con frecuencia, reflejamos relaciones asimétricas y falta de reconocimiento entre sus miembros y congregaciones. Estas ausencias de reconocimiento y de relaciones

¹³ Karalina Matskevich. Construction of Gender and Identity in Genesis. The Subject and the Other. T&T Clark: Londres 2019, pp. 83-152.

¹⁴ Mateo González Alonso. La Iglesia crea una comisión para estudiar el síndrome de las monjas ‘quemadas’ por el trabajo. *Vida Nueva*, 24 de enero 2020. [Reconocimiento de las religiosas](#).

¹⁵ Francisco. Homilía pronunciada durante las Vísperas de la Solemnidad de María Santísima Madre de Dios del 31 de diciembre de 2019. [Vísperas](#).

simétricas generan parálisis, incomprensiones y es causa de abusos y violencias que no deben ser acalladas.

Por otro lado, las situaciones que afectan a las infraestructuras de la vida consagrada son bien conocidas y me consta que la gran mayoría de congregaciones están trazando planes de viabilidad y buscando posibles soluciones. Pero, el riesgo mayor lo corremos, a mi parecer, en la esterilidad provocada por la ausencia de esperanza que se da en la vida consagrada, es decir, en cómo situarnos frente a una esperanza agraciada, existencial y espiritual. Centrar los esfuerzos en solucionar esterilidades estructurales o en equilibrar relaciones asimétricas, aunque necesario, no es suficiente. Atender a las infraestructuras o la carencia de relevos generacionales es ineludible, así como establecer relaciones intergeneracionales dinámicas, pero debemos buscar también qué esperanza sostiene aquello que hacemos y deseamos. El teólogo Gustavo Gutiérrez señalaba que:

“El pueblo pobre de América latina deja de ser un consumidor de espiritualidades para convertirse poco a poco en agente creador de una manera de ser cristianos. Esto acontece en la medida en que ese mismo pueblo se hace protagonista de su propia historia y da cuenta de su esperanza en el Dios que libera. La espiritualidad es una aventura colectiva, paso de todo un pueblo a través de la soledad y amenazas del desierto, haciendo su propio camino. Formar parte de ese proceso es la exigencia del seguimiento de Jesús hoy en América Latina. Ese es el pozo del que tenemos que beber. O tal vez nuestro cáliz”¹⁶.

Quizá en este texto donde pone América Latina podemos leer hoy la realidad de la vida consagrada ya que, según dice Gutiérrez, es tiempo de dejar de consumir otras espiritualidades, novedades y propuestas y ser protagonistas de la propia historia para revitalizar la esperanza que nos habita.

3.3.- La espera y la esperanza que «cuelga» de Dios

Es tiempo de *kairós*. Tiempo de posibilidad para descubrir que buena parte de nuestras vidas, personales, políticas y eclesiales las experimentemos de un modo sostenido. Con otras palabras, podría ser que la esterilidad y la precariedad religiosa padecidas fueran una invitación a experimentar que todo, como siempre, «cuelga» de las promesas divinas. Ahora, el reto está en hacer que estas promesas sostenidas sean de modo radical nuestra esperanza vital, eclesial y comunitaria.

La esterilidad que carga Saray rompe la promesa de Yahvé hecha a Abrán. Su situación es signo de pecado, de humillación y de desdicha¹⁷. Tanto en el caso de Sara como en el nuestro, la ausencia de fecundidad es signo vital, existencial y espiritual de esterilidad del don. Algunos de los signos de esa ausencia se reflejan ahora también en nuestras maneras contemporáneas de vivir lo cotidiano. Buena parte de nuestra vida gira en entornos físicos urbanos o bien siguiendo estilos de vida que han sido urbanizados. A esto se suma que lo que hacemos y expresamos no solo sucede ya en la vida real, sino que se mezcla con lo virtual gracias a Internet. Cada una de nosotras vive rodeada por pantallas

¹⁶ Gustavo Gutiérrez. Beber en su propio pozo. *Concilium*, nº 179, 1982, p. 340.

¹⁷ Dolores Aleixandre. *Escondido centro. Viaje al interior de 25 palabras bíblicas*. Sal Terrae: Maliaño 2018, pp. 61-66.

conectadas. Así advertimos, cada vez más, la sensación de celeridad, de que el tiempo se nos escapa siempre y de que no podemos experimentar todo aquello que nos ofrece esa vida virtual. Remedios Zafra lo expresa de este modo:

“Esta sensación de celeridad, de vivir sin tiempo, se materializa en la intrusión del mundo conectado en cada momento como algo muy presente en la vida cotidiana, caracterizada por la ansiedad y la sobreproducción bajo una primacía que denominaría de presente continuo. En la actualidad conectada a las personas nos cuesta bajar el ritmo, incluso en los tiempos de vida que antes no era trabajo seguimos enganchados a pantallas y prácticas diversas que dificultan los espacios y tiempos vacíos, aquellos que merodean concentración e intimidad [...]”¹⁸.

Vivimos ávidos de experimentar aquello que muestran las pantallas y eso incide con fuerza sobre nuestros deseos y prácticas vitales. El deseo siempre toma cuerpo, se acomoda a nuestra vida y configura nuestra percepción, atención y conciencia. En este espacio de interioridad —compartido por la conciencia, la subjetividad y ahora también por la vida vivida en Internet— se da lo que nombramos y apreciamos, como vida espiritual. El “presente continuo”, como señala Zafra, caracterizado por la ansiedad y la visibilización de nuestra intimidad, afecta y modifica nuestra vida espiritual, personal y colectiva. Son muchas las posibilidades que nos brindan las revoluciones digitales, la inteligencia artificial o la robótica aplicada al cuidado, pero debemos preguntarnos cómo inciden en nuestra vida espiritual provocando sus propias esperas y esperanzas.

La espera no mengua. Esperamos y deseamos ser vistos en Internet, esperamos que alguien nos reconforte con un “me gusta”, esperamos recibir un mensaje de *WhatsApp* que, aún con contenido insignificante, nos recuerde que seguimos contando para alguien. La espera no se detiene, pero puede que el don de la esperanza sí se vea debilitado en medio de la aceleración de la vida, a través de la monitorización de nuestro interior o por la ficción de un mundo social *online* mercantilizado. La espera y la esperanza, desde un acercamiento teológico, tienen matices bien distintos.

Con Saray vemos que ella primero esperó y solo, más tarde, comprendió la esperanza que se le presentaba, entonces se llamó Sara. La espera es una posibilidad humana necesaria que no exige grandes esfuerzos ni llamativos cambios, queda en manos del destino. Por ello, uno de los peligros de la vida consagrada es que se acomode a esa espera y se deje guiar por un destino trazado. Esto podría esterilizar sus miembros y precarizar el conjunto de la vida consagrada. Sin embargo, la esperanza es un don trinitario que al cultivarse florece en la espiritualidad personal y común. La esperanza, por tanto, es también una actitud política que subraya la diversidad de carismas que animan la vida eclesial y cultural. Exige, aunque pacientemente, respuesta y compromiso. Al tratarse de un don nos involucra pues nos primerea ya que, como amor compasivo, reclama continuamente de nuestra libertad.

¹⁸ Remedios Zafra. La (im)posibilidad de un mundo sin párpados. Ensayo sobre la intimidad conectada. *Isegoría*, nº 60, 2019, p. 53.

El deseo, la vivencia del tiempo y la capacidad de escucha contemplativa conforman una identidad creyente esperanzada, pero debemos tener en cuenta que puede también desestabilizarla o volverla estéril. Por ello, creo que hemos de preguntarnos con cierta frecuencia: ¿Cuáles son nuestros deseos más profundos? ¿Qué deseos, personales, comunitarios y eclesiales nos habitan? ¿Cuándo fue la última vez que pronunciamos la palabra esperanza? ¿Cuándo ha sido la esperanza el tema comunitario?

Entre la espera biológica, material y la esperanza agraciada que nos sostiene, Sara vio transformada su identidad. Judit, como veremos a continuación, esperó en Yahvé, pero también albergó la esperanza de que su pueblo dejara de ser asediado, y por su parte, Pablo de Tarso descubrió que esa esperanza de la que colgaba su vida era una invitación también para que la comunidad se incorporara a Cristo, es decir, que fuéramos otros Cristos.

4.- Judit, cuando las causas están perdidas, pero surgen posibilidades salvíficas. «Acompañar-nos»

Los textos bíblicos a los que me he referido narran que la esterilidad de Sara se tornó en fecundidad, pero también que ella antes se rio. No sabemos con certeza qué significó su risa. El texto se refiere a la situación del anuncio que recibió mientras estaba en el interior de la tienda, entonces pensó: *“Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener placer, con un marido tan viejo?”* (Gn 18,12). Su risa, su edad, sus pocas expectativas de goce con un varón envejecido describen un final. Este panorama nos sitúa en una causa perdida, cerrada.

Una situación similar la encontramos en el libro de Judit. En este texto, compuesto durante los años 150-140 a.C., destacan dos acontecimientos entrelazados que señalan un objetivo. El primero, narrar la inclinación que Dios muestra siempre a salvar a su pueblo; el segundo, el de alertar del peligro que entraña la idolatría. El libro pretende así movilizar la imaginación de los lectores ofreciéndoles un relato furioso y violento que encarnan Nabucodonosor y Holofernes.

Frente al poder que exhiben ambos, queda un pueblo que se siente a la intemperie ante el peligro que se cierne sobre él. La protagonista de esta historia es una mujer, Judit que significa “la judía”. También en esta narración, al señalar su identidad se acude a otros varones. Primero, a su padre, a su descendencia y después a su marido. Judit es hija de Merarí y viuda de Manasés. De ella, en principio, nadie espera nada. Se trata de una viuda que vive de un modo recogido y piadoso en su casa, y poco hace prever que su vida sorprenda en algo. Sin embargo, a partir del modo de acompañar a su pueblo y de las decisiones que emprenderá, será el canal definitivo para desvanecer el escenario de muerte que asediaba a los israelitas del pueblo de Betulia.

4.1.- La debilidad y la fortaleza. Sitiados por los ejércitos de Holofernes

En la actualidad nos sucede algo similar a lo que los israelitas vivieron en el aquel lugar. Ellos sintieron el asedio tramado por Holofernes, general de Nabucodonosor (*Jdt 2,4*) y nosotras conocemos hoy muchas situaciones donde las vidas de millones de personas son cercenadas. Tanto en Betulia como en nuestro mundo se repiten modos de cercar la vida. A modo de ejércitos dirigidos por Holofernes y sitiando la ciudad por ambos frentes, podemos emplazar al “Norte” una de estas claves y es la crisis ecológica. Al “Sur”, situamos la segunda que es la *crisis de la infosfera*. Sobre esta algo ya he apuntado.

Se trata de una crisis que se refiere a los sistemas de información complejos. Rodean por completo nuestros modos de vida y la transforman generando sus propios valores y modos de reconocimiento. La infosfera es una nube informativa que nos envuelve y el volumen de información que proporciona es inabarcable. Paradójicamente, esta abundancia dificulta la comunicación cálida y tranquila necesaria para estrechar lazos personales y para acompañarnos las unas a las otras en el devenir humano¹⁹.

Ambas crisis —la ecológica y la de la infosfera— afectan a todo el sistema que conforma la vida moderna. Tienen una gran responsabilidad en los graves problemas que nos rodean como son el industrialismo sin límite, los estilos de vida urbanos, la despoblación del interior o las pautas bulímicas de consumo, por nombrar solo algunos. Todo ello influye en nuestra vida espiritual y religiosa, y hace que vivamos con una interioridad que podría estar debilitándose en medio de una crisis civilizatoria que estalla en múltiples frentes²⁰. La filósofa Simone Weil describía su propia situación durante el siglo anterior de un modo similar:

“El período presente es de esos en los que todo lo que parece suponer una razón para vivir se evapora y, si no queremos caer en el desasosiego o la inconciencia, debemos cuestionarlo todo. Que el triunfo de los movimientos autoritarios y nacionalistas arruine por todas partes la esperanza que las buenas gentes habían depositado en la democracia y el pacifismo no es más que una parte del mal que nos aqueja; este es mucho más profundo y amplio. Podemos preguntarnos si existe un solo ámbito de la vida pública o privada en el que las fuentes mismas de la actividad y la esperanza no estén envenenadas por las condiciones en que vivimos”²¹.

Tomando las palabras de Weil: “El mal que nos aqueja” en estos momentos es el deterioro ecológico. Se trata de una situación tan crítica que ha pasado de ser la preocupación de unos cuantos a convertirse en una urgencia social. De modo que, la vida religiosa no puede permanecer de modo tibio frente a la degradación ambiental. Aunque esta urgencia, siguiendo a la filósofa francesa, se muestra ahora como un mal “mucho más profundo y amplio” reclama respuestas integrales. Como ha señalado Francisco en la encíclica *Laudato sí*, no existen ya dos crisis separadas, una ambiental y otra social,

¹⁹ Montserrat Escribano Cárceles. Intimidación humana: ciencias de la vida, neuroteología fundamental y ciberfeminismo. Revista *Ex aequo*, nº 37, 2018, pp. 95-109. DOI: <http://dx.doi.org/10.22355/exaequo.2018.37.07>.

²⁰ Santiago Álvarez. La gran encrucijada. Crisis ecosocial y cambio de paradigma. HOAC: Madrid 2019.

²¹ Simone Weil. Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social. Trotta: Madrid 2018.

sino una única e inseparable que es una crisis ecosocial. Parece ser que una de las razones de esta crisis es que la civilización industrial capitalista ha socavado las condiciones de existencia de la humanidad.

Nuestro sistema económico, como describe Santiago Álvarez, vive de la explotación de sus colonias y genera un modo de «vida imperial» que choca con los límites naturales. El resultado es una descomposición de los vínculos sociales que afecta a las condiciones materiales. Sin embargo, debemos añadir en este análisis que también se da una descomposición de los vínculos espirituales que impiden la reproducción de la vida, que condiciona la vida psíquica y que debilita la existencia democrática. Como señalan Maria Mies y Vadana Shiva las colonias explotadas para estos modos de vida imperial son, especialmente, las mujeres, la naturaleza y los llamados países del Sur²².

La debilidad en la que podemos caer es que la vida consagrada atienda con indiferencia esta urgencia ecosocial. Así que, debemos revisar de modo crítico nuestros estilos de vida, personales, comunitarios e institucionales ya que pueden estar sosteniendo o empujando modelos civilizatorios capitalistas. La historia de la Iglesia está jalonada por vidas que, lejos de seguir las corrientes de pensamiento mayoritarias o las dinámicas de progreso, fueron clasificadas como «contraculturales». En estos momentos, la vida religiosa y las comunidades están llamadas a ser espacios donde se experimente, se reflexione y se abogue por un «no-consumo imperial»²³ que va en contra de la existencia de toda vida.

Sin embargo, la gran debilidad ecológica que nos acecha puede ser, como señala Pablo de Tarso, espacio y tiempo para descubrir la “debilidad” en la que estamos inmersos, pero también momento para retomar “fortalezas” con las que aún no habíamos contado²⁴. Un ejemplo de esas “fortalezas” son las comunidades religiosas que se enfrentan diariamente a la explotación de la tierra y al exterminio de la vida común, como se ha reflejado durante el Sínodo del Amazonía. Frente a dinámicas extractivistas de los recursos comunes y de la materialidad del planeta son muchas las personas que intentan frenar la imposición de la ideología de un progreso ilimitado.

4.2.- La vulnerabilidad y la precariedad. Las fuentes de Betulia se secan

El libro de Judit es ejemplarizante. Se trata de un relato metafórico en el que se señala que el pueblo debe seguir siendo fiel al Dios que libera siempre. La conversión, la permanencia, el servicio a la comunidad son valores que recorren este libro. También muestra distintos paisajes emocionales y decisiones por las que atraviesan los habitantes de Betulia al sentirse atacados por los ejércitos

²² Santiago Álvarez. *La gran encrucijada*, pp. 11-12.

²³ Adrián E. Beling y Julien Van-Lust (coord.). *Desarrollo non sancto. La religión como actor emergente en el debate global sobre el futuro del planeta*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2019.

²⁴ *Carta a los Romanos* 8, 26: “De ese modo el Espíritu socorre nuestra debilidad. Aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inarticulados.”; *Segunda Carta a los Corintios* 12, 9: “Y me contestó: ¡te basta mi gracia!; la fuerza se realiza en la debilidad. Así que muy a gusto presumiré de mis debilidades, para que se aloje en mí el poder del Mesías.” y *Segunda Carta a los Corintios* 13, 4: “Pues, aunque por su debilidad fue crucificado, por el poder de Dios está vivo. Lo mismo nosotros, si compartimos su debilidad, compartiremos frente a vosotros su vida por el poder de Dios”.

seléucidas. Frente a una situación de hostigamiento que crece entorno a ellos, el miedo y la desconfianza irán haciendo mella en los dignatarios y responsables (Jdt 7). Rozarán el límite cuando los pozos son ocupados y el suministro de agua empiece a ser escaso. En resultado es que la muerte comienza a acecharlos.

Si volvemos a nuestros días, el cambio de época en el que estamos inmersos también es descrito como un «tiempo agotado», es decir, casi en extinción. La filósofa Marina Garcés, nombra esta situación como una «condición póstuma» en la que todo parece que acaba:

“Nuestro tiempo es el tiempo en el que todo acaba. Vimos como se acabó: la modernidad, la historia, las ideologías y las revoluciones. Hemos ido viendo cómo se acababa el futuro como tiempo de la promesa, del desarrollo y del crecimiento. Ahora vemos cómo se terminan los recursos, el agua, el petróleo, el aire limpio y como se extinguen los ecosistemas y su diversidad. En definitiva, nuestro tiempo es aquel en que todo acaba, hasta incluso el tiempo mismo”²⁵.

En Betulia se agotaban las posibilidades de huida y de hacer frente militarmente al acoso impuesto por Nabucodonosor a través de Holofernes. En nuestros días se acaba la posibilidad misma de vivir el tiempo, que Garcés califica como una «condición póstuma». La consecuencia de percibir este tiempo como agotado es que nos aboca a un fin del que no parece fácil escapar. Dice esta filósofa que se extinguen “los ecosistemas y su diversidad”, pero también “se acaba el futuro como tiempo de la promesa”. La advertencia de que “el tiempo de la promesa” pueda estar llegando a su fin es inquietante. Desde la teología, podríamos decir que es un nuevo anuncio de la muerte de Dios, pero también de la posibilidad misma de lo humano. Pues, la condición póstuma afecta a nuestros recursos espirituales, debilita la posibilidad de recrear los carismas que el Espíritu Santo ha derramado en la iglesia y niega la posibilidad misma de hacer visible el Reino. Más aún, para muchas personas, especialmente las más empobrecidas, esta condición póstuma inserta sus vidas y futuros en una precarización crónica²⁶.

Como sabemos, la precarización de la vida es fruto de decisiones y acciones que resultan del ejercicio de un poder abusivo y violento. El panorama que se dibuja en este «tiempo agotado» reclama de nuevas esperas y desplaza el don de la esperanza. En ellas se describe al ser humano como un proyecto fracasado ya que no ha logrado alcanzar las grandes utopías que había proyectado, como son la erradicación del hambre, la superación de toda enfermedad o la eliminación de las guerras²⁷. Siendo esto así, parece que en la humanidad no quepa ya la salvación ni la esperanza mesiánica.

²⁵ Marina Garcés. *Nueva ilustración radical*. Anagrama: Madrid 2017, p.13.

²⁶ Fundación Foessa. *Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*. Fundación Foessa: Madrid 2019. [Informe foessa](#). El informe muestra que la exclusión social está enquistada en una sociedad que califican de cada vez más desvinculada. El 18,4 % de la población española, 8,5 millones de personas, está en exclusión social. Son 1,2 de millones más que antes de la crisis.

²⁷ Montserrat Escribano Cárcel. Una neuroteología fundamental en tiempos de mesianismo tecnológico. En Juan Miguel Díaz Rodelas y Jose Carlos Gimeno Granero (ed.). *“No me avergüenzo del evangelio” (Rom 1,16). Homenaje al profesor P. José Manuel Alcácer Orts, O.P.* Facultad de Teología San Vicente Ferrer: Valencia 2019, pp. 217-240.

Las dificultades son muchas pues siempre se retrasa y no se percibe su consumación nunca en plenitud. La condición póstuma entonces es una clave de lectura que nos ayuda a percibir la evidencia de las vidas precarizadas, aceleradas, en las que las personas viven de un modo atomizado, casi apolítico y donde son responsables últimos de su propio destino.

La esperanza evangélica, en este panorama de condición póstuma, es sustituida por la «espera» puesta en el cumplimiento de una vida mejorada biomédicamente. Ahora, las promesas van de la mano de las posibilidades que brinda la biotecnología, la nanotecnología, la automatización o la inteligencia artificial. Las ciencias, a través de su capacidad para lo evidente, lo experimental, lo inmediato desplazan la posibilidad del tiempo humano esperanzado.

El mundo (neuro)científico ofrece promesas (tecno)mesiánicas que crecen dentro de proyectos cognitivos colonizados por el capitalismo y el patriarcado. La dificultad, a mi modo de ver, reside en que la espera tecnocrática alimenta discursos transhumanistas y posthumanistas en donde la dignidad humana ha sido un eje central desplazado²⁸. Debemos aprender a escuchar y a acompañarnos también ante estos retos que parecen estar secando nuestras fuentes. El papa Francisco nos invita a:

“Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz. Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites. (EG 24)

La vida consagrada está invitada a acompañar los procesos que abren los avances científicos. Pero, debe también permanecer atenta y despierta frente a determinados discursos transhumanistas y neuronormativos que sostienen retóricas racistas, coloniales o heteronormativas. En estos discursos, las personas podemos estar siendo calibradas según nuestros datos sociales y nuestros datos neuronales. Ante a estos nuevos modos de clasificación social, filósofas como Adela Cortina, nos recuerdan insistentemente la máxima kantiana de que las personas tenemos valor y no precio.

a condición póstuma es semejante a la situación de agotamiento de los pozos de Betulia, que fueron contaminados para que la vida de aquellas gentes fuera suprimida. Hoy las promesas (tecno-bio)mesiánicas si no van acompañadas de prácticas éticas corren el riesgo de agudizar la inequidad social²⁹ y de incidir en necropolíticas sociales. La vida religiosa, al practicar una esperanza despierta, será capaz de fructificar “el tiempo de la promesa”, es decir, podrá interrumpir, aunque sea de un modo pequeño, los discursos y las prácticas limitantes de la condición póstuma.

²⁸ Montserrat Escribano Cárcel. La ética neurocordial. Generar esperanza como valor social. En Elsa González-Esteban, Juan Carlos Siurana Aparisi, José Luis López-González y Marina García-Granero (eds.). *Ética y democracia desde la razón cordial*. Comares: Granada 2019, pp. 185-192.

²⁹ Virginia Eubanks. *Automating Inequality. How High-Tech Tools Profile, Police, and Punish The Poor*. St. Martin's Press: Nueva York 2018.

5.- Pablo de Tarso, cuando la esperanza se convierte en riesgo. «Fructificar»

Nos acercamos al último de nuestros personajes bíblicos. Se trata de Pablo de Tarso, un hombre judío que hizo una transición existencial marcada por el encuentro con el Resucitado. Este acontecimiento determinó su orientación vital, impulsándole hacia nuevas búsquedas que fueron un estadio nuevo, tanto para él como para la vida de las comunidades (*ekklesias*). Sus viajes, la correspondencia mantenida, el acompañamiento constante y una red de personas colaboradoras —como Prisca, Aquila, Filemón, Apia, Gayo o Cornelio, entre otros— fueron el sustrato del que brotaron modos eclesiales de vida nueva. En ellas fructificó la esperanza que les había sido entregada.

Debido a su relevancia, Pablo de Tarso nos ofrece muy diversas lecturas. Me fijaré en algunas características que surgen de su camino espiritual, de su propuesta antropológica y de ciertos elementos de su elaboración teológica. Para este acudiré a estrategias comprensivas menos transitadas ya que quizá puedan servir a la vida consagrada para ahondar, desde otras perspectivas, en el don de la esperanza que deseamos.

Como hemos visto más arriba, el objetivo es reflexionar acerca de cómo sostener la vida sobre una esperanza que, aunque pasa por apoyar esterilidades estructurales e injusticias relacionales busca, al mismo tiempo, una espiritualidad orientada de la que ya tiene constancia. Esta propuesta agraciada que siempre nos precede, nos aleja de aquellas otras esperas en las que solo pasa el tiempo y, también, de esterilidades que secan nuestras fuentes originarias. La vida consagrada, siguiendo la propuesta que nos hacía Gustavo Gutiérrez, ha de volver al “pozo del que tenemos que beber” y que, según este teólogo de la liberación, puede que tal vez no sea un “pozo” donde saciar la sed propia, sino un “cáliz” que recoge los sufrimientos y las esperanzas de toda vida. Pablo de Tarso puede ser ejemplo de que la dinámica de la fe, de la caridad-Amor y de la esperanza nos lleva siempre más allá de nuestros espacios cognitivos, culturales, espirituales y eclesiales y nos acerca a otras «fronteras» donde puede suceder lo que no se esperaba, lo improbable.

5.1.- El acompañamiento y las soledades no deseadas

Pablo es un hombre judío que nace en Tarso de Cilicia alrededor del año 5 d.C. Se trata de un creyente con una sólida formación farisea, buen conocedor de la lengua (*koiné*) y de la cultura griega. Además, es un seguidor escrupuloso de las tradiciones de su pueblo y de las leyes que tenían que ver con la observancia del sábado, las fiestas y la actividad cultural del templo. De esa corriente farisea, Pablo aprendió a comprender la temporalidad como una dimensión abierta a la resurrección, aunque, tras su experiencia con el Cristo incorporó a su visión religiosa previas corrientes mesiánicas universalistas. Esta convicción más abierta y menos limitada, en medio del espacio político y cultural del Imperio romano y del mundo heleno fue, para el de Tarso, el sustrato necesario sobre el que elaborar una comprensión inclusiva y menos excluyente de la fe. A partir de esta visión más universal, las comunidades cristianas de lugares tan distintos como Roma, Corintio, Galacia o Colosas fructificaron creativamente en modelos novedosos de vida y en maneras distintas de establecer relaciones personales.

La concepción temporal, distinta a la del mundo heleno, junto con la comprensión de la presencia del Espíritu Santo, la celebración de la cena del Señor y de la resurrección fueron algunos de los elementos definidores del nuevo credo que Pablo abrazó. Debió tratarse de un proceso de maduración lento en el que intervendrían distintos aspectos. Uno de ellos fue su capacidad comunicativa materializada en forma de cartas. Este modo de acompañar, de crear redes relacionales estrechas y confiadas con personas muy variadas fue la maduración comunitaria del seguimiento cristiano. La rica imaginación paulina, la retórica a la que recurre y las metáforas de las que se sirve dan buena cuenta de que en sus cartas volcó su propia experiencia creyente, sus preocupaciones, su vida emocional y también sus esperanzas. De este modo, el acompañamiento físico y epistolar fueron medios propicios para testificar la presencia del Resucitado entre grupos humanos diversos que se entendieron a sí mismos, poco a poco, como «cristianos».

Quizá, hoy Pablo continúe interrogándonos cómo son nuestros modos de acompañamiento comunitario hacia el interior de las comunidades, hacia la gente que nos rodea, y también con aquella con la que nos «encontramos» a través de la infósfera.

Al inicio de esta reflexión, una de las peticiones constantes, tanto de personas jóvenes como de las más mayores, era la necesidad de acompañamiento; de establecer vínculos sólidos entre las distintas generaciones y culturas con las que conviven. En definitiva, se trata de cuidarnos de las soledades no deseadas. Esta experiencia se suma a la sensación de indiferencia y de ausencia de reconocimiento de las sociedades en las que vivimos. La debilidad de nuestros vínculos nos aísla como personas y también debilita las redes sociales de la vida política y democrática. Las soledades no deseadas son hoy uno de los síntomas culturales que padecemos y la vida consagrada no está inmunizada de sufrirla. Por ello, acompañar es hoy cuidar, escuchar, aliviar y sostener proyectos personales, comunitarios, eclesiales y políticos que fortalezcan vínculos personales y redes relacionales para una vida sostenible en común.

5.2.- Arriesgarse ante lo improbable

Volver a Pablo de Tarso, imaginar las gentes diversas con las que se encontró o recordar esos comienzos ayuda hoy a la vida consagrada a repensar cómo la vida comunitaria y asamblearia es determinante. Fijarnos y releer estos inicios es también una oportunidad para identificarnos y desidentificarnos con algunos aspectos que muestran los textos y que resultan menos visibles e, incluso, disruptivos o incómodos. Este tipo de lecturas son una invitación que las interpretaciones feministas, poscoloniales o *queer*³⁰ nos lanzan para crear otras estrategias de comprensión bíblica y así ampliar el horizonte cognitivo, existencial y espiritual. El punto de partida de estas interpretaciones tiene que ver con la experiencia, con las prácticas de género, con la sexualidad, con los afectos, con la corporalidad, pero también con la identidad, la identificación étnica, la economía, las tecnologías, el nacionalismo o la espiritualidad.

³⁰ Joseph A. Marchal. *Appalling Bodies. Queer figures Before and After Paul's Letters*. Oxford University Press: Nueva York 2020.

Tener en consideración estas interpretaciones se convierte en una estrategia pertinente ya que cuestiona cómo comparamos, clasificamos y normalizamos a las personas. Releer críticamente las interpretaciones que hacemos es revisar, desde claves más éticas, las prácticas que establecemos cotidianamente con nuestro entorno. Analizar sus efectos y atender qué o a quiénes reforzamos o rechazamos es discernir cómo se naturalizan y norman las relaciones, los afectos, los deseos y el propio cuerpo eclesial.

La vida religiosa se elabora siempre en ese entramado complejo y sin tenerlo en consideración no podremos reconocer la esperanza. Atender qué se refuerza, se prescribe o se rechaza es caer en la cuenta de aquello que reconocemos o invisibilizamos. De ahí que necesitemos profundizar y escuchar nuestras sexualidades, la corporalidad o el género como claves espirituales y políticas necesarias. Las cartas paulinas pueden ayudarnos a hacer este tipo de relecturas. De este modo, se abre una oportunidad más para descubrir quiénes somos personal, comunitaria y eclesialmente.

En nuestras sociedades modernas y en nuestras iglesias no es posible dejar de lado estos temas ni las controversias que suscitan. Cada uno de ellos incide y vertebra nuestra identidad, la dignidad y las políticas de reconocimiento y, por lo tanto, determinan los regímenes de visibilidad e invisibilidad que trazamos³¹. A través, de repeticiones y otras veces de ajustes y cambios, transcurre nuestra vida política y creyente en la «casa común». Por ello, debemos ejercer la crítica, afinar las miradas y los modos de escucha. Debemos correr el «riesgo». Eso supone adentrarnos en lecturas que desestabilicen y descolonicen algunos de nuestros aprendizajes religiosos adquiridos. Así Dios, puede que irrumpa como «lo improbable» en la vida consagrada³². Dicho de otro modo, no se trata solo de actuar de manera distinta, de tomar decisiones más apropiadas que solucionen los conflictos y dificultades actuales, sino de escuchar la invitación escatológica de: *“Mira que hago nuevas todas las cosas”*³³. Esa escucha atenta y contemplativa de lo nuevo, de lo no explorado hizo que Pablo “perdiera” el control sobre su vida. Transformar nuestros marcos comprensivos, ampliarlos para que en ellos tenga cabida lo que está por venir también hará que “perdamos” parte del control, pero quizá facilite que la vida religiosa continúe siendo fecundada según la esperanza que busca y desea.

5.3.- Corporalidad y conversión

Cada época histórica tiene sus propias comprensiones acerca de lo que es una persona y de qué es la corporalidad. La representación, su reproducción, la aprobación de aquellos cuerpos que son aceptados y el rechazo de aquellos otros que son denostados o vilipendiados afecta a los individuos, pero también cimenta el entramado cultural, político y religioso común. Las relaciones sociales establecidas, el espacio ocupado, nuestros comportamientos, deseos y hábitos, así como los modos —reales o virtuales— de mostrarnos ante los demás generan y organizan la vida. Pablo, fue uno de

³¹ Wendy Brown. Estados del agravio. Poder y libertad en la modernidad tardía. Lengua de Trapo: Madrid 2019; y Francis Fukuyama. Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de reconocimiento. Deusto: Barcelona 2019.

³² Expresión utilizada por Bruno Cadoré, Maestro de la Orden de los predicadores, durante la homilía de la eucaristía de apertura de la 36 Congregación General de la Compañía de Jesús. [Homilía](#).

³³ Libro del Apocalipsis 21, 5.

los primeros seguidores del Cristo que subrayó la importancia de la carne y del cuerpo para vivir la gloria dentro de la obra salvífica. El cuerpo, según él, es el lugar donde comienza la experiencia y donde testimoniamos nuestra filiación divina. Así exclama que:

“Lo que no podía hacer la ley, por la debilidad de la condición carnal, lo ha hecho Dios enviando a su Hijo, asemejado a nuestra condición pecadora para entendérselas con el pecado; en su carne ha condenado al pecado [...] El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, si compartimos sus sufrimientos, para ser también con él glorificados”³⁴.

Sin embargo, el apóstol describe una comprensión del cuerpo, de quienes lo componen y de sus variaciones a partir de una organización jerárquica de la realidad³⁵. Su visión sobre la organicidad corporal, así como su composición y relaciones entre los miembros está marcada por los valores procedentes de su propio marco mental y religioso. Algunos de estos valores son el honor, la superioridad que otorga la fe o un cierto utilitarismo comunitario. Esta comprensión, junto con otros valores paulinos, dieron paso a ciertas epistemologías religiosas que asentaron relaciones asimétricas y jerárquicas entre los miembros eclesiales. Algunas de las mayores dificultades que arrastramos, fruto de estas y otras interpretaciones epistemológicas sesgadas, son el sexismo y el clericalismo que aún padecemos³⁶.

Por otro lado, otras lecturas de las cartas paulinas son una invitación a tener presente el cuerpo, la materia, la realidad vivida, la historia y el tiempo de un modo novedoso. En sus cartas, por ejemplo, aparecen «otros» personajes en los que la realidad corporal marca el modo social de habitar el mundo. Pablo hace referencia a eunucos, a esclavos y a esclavas, a extranjeros bárbaros, a encarcelados, a varones que pertenecen a las élites, a circuncidados y también a mujeres que serán clave en la tarea predicadora y que reivindicarán su subjetividad y libertad en las asambleas. Es, en medio de estos elementos, donde Pablo afirma con radicalidad que la posibilidad de vivir la acción redentora del dios trinitario se da en el cuerpo y en su significado social. El autor de estas cartas despliega así una gran creatividad que le permite distanciarse de las comprensiones fariseas del judaísmo, de afirmaciones filosóficas griegas en las que el cuerpo era denostado y del resto de corrientes religiosas sincréticas que circulaban en el Imperio romano. Pablo mostró, valiéndose de imágenes, metáforas y visiones de futuro que, sin la valoración de la materialidad, de la corporalidad, de lo temporal no sería posible experimentar la epifanía redentora de lo divino³⁷.

Los textos paulinos, más allá de lecturas bucólicas y de interpretaciones que repiten claves antropológicas y teológicas ya conocidas, nos ofrecen otras racionalidades que desgranar el funcionamiento de las subjetividades. Cuestionan así modos estáticos con los que nuestras teologías, antropologías, liturgias y organizaciones eclesiales configuran estrechas «identidades católicas» y en los que muchos y muchas no se sienten cómodas ni identificadas. Como vemos, uno de los grandes retos a los que

³⁴ Carta a los Romanos 8, 3. 16-17.

³⁵ Primera Carta a los Corintios 12, 12-30.

³⁶ Por una Iglesia desclericalizada. Revista Iglesia Viva, nº 266 (2016).

³⁷ Segunda Carta a los Corintios 12, 7-9: “Mi gracia te baste, porque la fuerza llega a la plenitud en la debilidad”.

nos enfrentamos es el de tener un conocimiento más profundo sobre la sexualidad y el género sin perder de vista su vinculación política y religiosa con el ejercicio del poder. Por ello, en estos momentos, en que la vida consagrada está repensando cómo es la presencia de lo religioso en el espacio público, considero que no está de más incidir sobre algunas de estas cuestiones, a las que Pablo tuvo que enfrentarse ya en su propio tiempo.

5.4.- In-corporados a Cristo y actitudes sapienciales

Las metáforas paulinas sobre el cuerpo, su retórica y lenguajes nos permiten ahondar en el seguimiento evangélico. Son una invitación a «in-corporarnos» a la comunidad cristiana, más aún, al propio Cristo y a su resurrección. Así, la vida cristiana no puede ser una mera repetición de prácticas religiosas, de liturgias o de comportamientos sociales prefijados, sino la posibilidad radical para ser «otros cristos». Este modo de vida dinámico y sapiencial comienza siempre con un encuentro, con una experiencia personal, pero es también una participación en una cosmovisión compartida.

La dinámica de la fe, la esperanza y la caridad-Amor genera, por un lado, un movimiento de incorporación a Cristo, a la vida de la comunidad y a la Iglesia. Por otro, provoca un movimiento centrífugo fruto de la experiencia de la resurrección que crea comunión. Siendo esto así, la vida encarnada en Cristo es una vida que da frutos. Se concreta, se encarna continuamente en el servicio, en una existencia de escucha y de atención a todo aquello que nos rodea. La posibilidad de una vida plenificada³⁸ reside así en la posibilidad de «fructificar», personal y comunitariamente, y que en palabras del papa Francisco, supone:

“Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejas ni alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados. El discípulo sabe dar la vida entera y jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora”. (EG 24)

La tarea de que la Palabra sea acogida y de que manifieste su potencia liberadora y renovadora es labor de toda la iglesia que, guiada por el Espíritu Santo, a lo largo de su historia orienta las búsquedas y deseos hacia esa esperanza. La vida consagrada debe continuar empeñándose en esa capacidad de fecundidad y de plenitud que le ha sido donada. No es una tarea sencilla ya que requiere de una disposición previa y que, según Pablo, pasa por el vaciamiento, por la *kénosis* e incluso por la cruz.

La teología paulina fue innovadora para sus contemporáneos y, desde entonces, ha movilizó y dinamizado la racionalidad creyente. Su predicación fue una invitación a vivir según el Espíritu Santo.

³⁸ *Carta a los Efesios* 1, 22-23: “Todo lo ha sometido bajo sus pies, lo ha nombrado cabeza suprema de la Iglesia, que es su cuerpo y se llena del que llena de todo a todos”.

Esta llamada a la conversión (*metanoia*) alteró, desde entonces, la subjetividad de muchos. Sin embargo, hoy como lo fue en tiempos de Pablo, esta vida de amor y libertad es un camino que transita por el servicio, el silenciamiento, la atención compasiva, el descenso hacia lo que consideramos infiernos existenciales, espirituales o económicos, pero también pasa por ser un camino de descolonización de nuestras racionalidades. La predicación requiere siempre tanto movimiento existencial como desinstalación emocional y cognitiva. Brota y se construye entonces, a partir del encuentro con la Palabra, pero también con la realidad, con la historia y con la memoria de aquellos que han sido víctimas. La vida consagrada sigue una lógica propia que oscila entre las actitudes sapienciales y la esperanza apocalíptica. No sabe de modos jerárquicos de atención, no entiende bien quiénes son “los primeros” o “los segundos”, y para ella solo cuentan quiénes son “los últimos”. Esta «lógica *kenótica*» que busca que nada se pierda, es su horizonte esperanzado.

6.- La vida consagrada, una esperanza radical en “todo lo puedo en aquel...”. «Festejar»

Finalizo, de modo breve, esta reflexión con la última de las propuestas que nos hace el papa Francisco y que es una invitación a la fiesta:

“Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización. La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo”. (EG 24).

Estas palabras nos recuerdan que la vida cristiana es sinónimo de vida gozosa. La vida resucitada, la vida esperanzada es siempre una vida felicitante que crea abre espacios. Se trata de una propuesta ética de máximos que contagia o, cuanto menos, cuestiona y desconcierta³⁹.

La posibilidad de vivir una vida esperanzada, al modo del evangelio, tiene unos determinados ejes sobre los cuales se mueve. Estos le conceden unas características propias que contrastan y, a veces, interrumpen la realidad. En cada uno de los personajes que nos han acompañado en este recorrido destaca la presencia de alguno de estos ejes. Así Sara, a través de la risa y de la escucha acoge la sorpresa; Judit, mediante la oración confiada en un Dios que salva se enfrenta al poder opresor y, por último, Pablo que creativamente imagina y predica un modo de in-corporarnos al cuerpo de Cristo mediante el servicio que crea comunión. Como he tratado de señalar los tres, a pesar de sus diferencias, muestran unas cualidades humanas con las que testimonian la esperanza que les habita.

Recorrer los escritos que se refieren a sus vidas y testimonios e imaginar sus recorridos a la luz de lo que es hoy la vida consagrada es, sin duda, un motivo gozoso para la alegría, la danza y la fiesta. Sara, Judit y Pablo revelan vidas encendidas, apasionadas, derramadas y puestas al servicio de los

³⁹ Adela Cortina, *Ética mínima. Introducción a la filosofía práctica*. Tecnos: Madrid 2010.

demás. Por ello, cada una es, a la vez, altavoz de recuerdo y testimonio que incomoda. A poco que nos asomamos a ellas se convierten en invitación a la «conversión integral». En el documento final del Sínodo especial para la Amazonía esta actitud de conversión se vive como gracia que: *“implica dejar brotar todas las consecuencias de su encuentro con Jesucristo en las relaciones con el mundo que los rodea”* (LS 217). La vida consagrada sabe lo que es habitar, sondear los límites que presenta la realidad. Muchas veces oscurecida por la soledad, el dolor, la miseria, la violencia o la ausencia de futuro. En este reverso de la historia la vida religiosa siempre ha estado presente.

Quizá sea ahora tiempo también de soñar cómo seguir siendo “luz” y “sal”⁴⁰. Según el proyecto de Francisco, la Iglesia está llamada a una profunda conversión, a salir de sí misma, a volcarse hacia las periferias. Esta invitación no es una novedad, se trata de un sueño que Dios ha inspirado muchas veces y de muchos modos. Quizá la primicia resida en la dificultad del tiempo actual, en sus características propias. Algunas de ellas, según hemos visto son la indiferencia ante la «urgencia ecosocial»; el «consumo imperial»; la vida vivida como un «presente continuo» o la asunción acrítica de la imposición de un «tiempo agotado» oscurecen la posibilidad de vivir nuestra esperanza de modo radical.

Colgar nuestra esperanza, como hemos visto en un Dios que queda, a menudo, ocultado frente a la prisa o a la evidencia, no es sencillo. Esta puede ser una de las tareas de la vida consagrada. Es posible, que su presencia y su vida bienaventurada nos recuerden que la promesa no se ha agotado. En estos tiempos, la iglesia, el mundo busca hacia dónde orientar su deseo y, es posible que, como María Magdalena la mañana de la Pascua, la vida consagrada pueda acercarse de prisa a los sepulcros vacíos y encontrarse con el Resucitado. Si esto sucede la Iglesia será una «Iglesia magdalena». Esa será nuestra alegría y el motivo de nuestra danza. ¡Hágase!

⁴⁰ Mateo 5, 12-16: “Estad alegres y contentos pues vuestra paga en el cielo es abundante. De igual modo persiguieron a los profetas que os precedieron. Vosotros sois la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá su sabor? Sólo sirve para tirarla y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte. No se enciende un candil para tapanlo con un celemín, sino que se pone en el candelero para que alumbre a todos en la casa. Brille igualmente vuestra luz ante los hombres, de modo que, al ver vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre del cielo”.